

UNA LECCION DE PATRIOTISMO

El mariscal Sucre

(Nuestro llorado maestro y amigo el doctor José Gnecco Laborde había escrito un discurso para pronunciarlo en la velada con que los estudiantes del Rosario suelen festejar el día onomástico del señor Rector. La muerte del autor dejó inédito el primoroso discurso. Uno de los hijos del doctor Gnecco, que es nuestro condiscípulo, nos ha enviado copia del precioso manuscrito. Las lecciones que contiene se nos ofrecen con la autoridad de una voz de ultratumba).

Si yo preguntara a los que me escuchan si conocen las proezas del general Antonio José de Sucre, al punto me responderían: «Sí; fue el general patriota que en los escarpados cerros de Ayacucho dio la batalla decisiva que acabó con la dominación española en la América del sur y selló para siempre la independencia de un continente; el que en el momento psicológico de ese gran duelo entre la libertad y la tiranía, dio al mancebo de apolínea figura y marcial continente la orden de cargar; y éste dio la voz de mando hasta entonces desconocida en la ciencia militar y no repetida después, y ordenó a las bandas tocar un alegre bambuco, que la corona del virrey José de la Serna rodó por tierra y se alzó glorioso el estandarte de Colombia libre y libertadora; fue aquel que con sólo cuatro mil cuatrocientos colombianos, en la rápida batalla del Portete de Tarqui puso en derrota a doble número de los altaneros peruanos, que comandados por su presidente el general Lamar, intentaron hollar el suelo de la patria, y el que antes de esta acción había dicho a sus soldados: «Una paz honrosa o una victoria espléndida es necesari-

ria a la dignidad nacional. La paz la hemos ofrecido al enemigo, la victoria está en vuestras lanzas y bayonetas»; fue, me diréis en fin, aquel mártir que cayó en manos de asesinos en nefanda celada, en la tenebrosa montaña de Berruecos, el mismo a quien el Libertador apellidó el más digno de los generales de Colombia, cuando presidía el Congreso Admirable.

Si eso me respondéis os diré: «Bastante es eso para conocer la excelsitud del héroe; pero lo conocéis como conoce la sierra nevada de Santamarta el viajero que de pie sobre la popa del navío, contempla el alto picacho coronado de nieve que se llama el Plateado, que parece penetrar en el cielo y por eso se ostenta blanco y puro, como para demostrarnos que al cielo, ni aun a 'ese cielo azul que todos vemos y que no es cielo ni es azul,' no entra nada maculado, sino lo que resplandece con luz argentina.

Quien así conoce la misteriosa mole, ignora que allí hay ríos que desprendidos de las altas cumbres, corren en vertiginosa carrera en busca del mar, seno fecundo de todas las aguas; que allí hay arroyuelos que parecen musitar palabras de amor a las flores crecidas en sus orillas; que hay árboles de tan frondoso ramaje, que impiden a los rayos del sol calentar la tierra; que hay aves de raudo vuelo que alegran con sus trinos la vida monótona y solitaria de los pacíficos moradores de esas comarcas. Así, quien sólo sabe de Sucre que venció en Ayacucho y en el Portete de Tarqui, ignora que en su vida agitada y fecunda hay muchas bellezas y muchas enseñanzas.

Prestadme atención por un breve instante.

Entró a servir a la patria a la edad de quince años como subteniente de ingenieros y se distinguió por la jovialidad de su carácter, por su obediencia y entusiasmo en aprender la ciencia de la guerra. Militaba a órde-

nes del general Miranda, cuyo nombre se ostenta en el arco de triunfo de La Estrella en París, al lado de los más célebres generales de la república y del imperio del primer Napoleón. Esto nos enseña que para llegar al ápice de la grandeza es menester prepararnos para alcanzarla, y que los más egregios hombres no siempre fueron grandes, sino que se hicieron por sus servicios y sus virtudes las más de las veces. Acostumbrados a verlos en las alturas, no nos detenemos a meditar cuánto esfuerzo se necesitó para llegar allí. Si tratamos de imitarlos en su grandeza, imitemos las virtudes que ellos ejercitaron en el combate de la vida. Si queremos el fin, pongamos los medios.

Mozo aún, asistió a todos los combates y a todas las campañas en el oriente de Venezuela hasta llegar el año de 1814; en que no les quedó a los patriotas un palmo de tierra libre donde asentar la planta. Fue una época de dispersión. Sucre se encaminó a las Antillas y de Saint Thomas se embarcó para Cartagena a mediados de 1815. Allí soportó los rigores del sitio que le puso a la ciudad redentora y mártir el por ironía llamado *pacificador* don Pablo Morillo. Allí se alimentó, como lo hicieron también mis antepasados, con las no muy suculentas carnes de caballos, asnos, perros, ratas y todo género de animales inmundos. Evacuada la ciudad en ese éxodo de dolor, de miseria y de heroísmo arribó nuestro héroe a Haití y de allí se dirigió a Trinidad, donde no hallando los patriotas refugiados modos de seguir la guerra, fletaron un barquichuelo que los llevara en una noche a tierra de Venezuela; «pero corrieron con tan mala suerte, que a poco de haberse alejado de la costa, cubriose el cielo de nubes pardas y empezó el mar a crecer. El patrón les observó que todo anunciaba la inminencia de un temporal, siendo en su opinión, lo más prudente, ganar la costa con

tiempo y esperar la mañana para emprender la travesía, pues el barco era viejo y no estaba preparado para resistir una tormenta. Pero Sucre y sus compañeros, impetuosos como jóvenes y desesperados por las penas del destierro, le ordenaron seguir adelante fiando su suerte a Dios y a la ventura. En la madrugada, el barquichuelo llegó a ser triste juguete de la tempestad; arrastrábalo el viento tonante y furioso a todos lados, hasta que, desvencijado y lleno de agua se fue a pique, soltando entre las olas a los míseros viajeros. En tan horrorosa confusión pudo Sucre a la roja luz de los relámpagos y cuando parecía que el firmamento se desgajaba al estallido de los rayos, asirse a una caja o baúl y sabrenadar hasta el día siguiente, en que lo recogieron unos pescadores de Güiría, exánime de hambre y sed. Llegado que hubo el naufrago al puerto, se presentó al general Mariño quien a poco lo nombró comandante del batallón Colombia y después jefe de estado mayor, en cuyo carácter hizo la campaña de ese año y el siguiente.»

Ese baúl o caja era símbolo de la República, porque ora flotaba sobre las ondas como en los días de victorias fulgurantes, ora se sumergía en los abismos como en las horas tristes de derrota; pero Sucre, ya en la cumbre, ya en la sima, permanecía asido a ella como para demostrarnos que sólo abrazados a la patria cualquiera que su suerte sea, podemos salvarnos.

Después del espléndido triunfo de Ayacucho, recibió órdenes del Libertador de ir al Alto Perú a liberar esa región de las escasas fuerzas españolas que comandaba el pérfido e incomparable Olañeda. Hízolo sin vacilar, aunque contrariado en sus deseos de descansar de tanta faena, como lo decía al Libertador en carta en que le pedía su retiro indefinido para irse a Quito en donde debía celebrarse su matrimonio con la bellísima

marquesa de Solanda. Pero el Libertador no accedió a sus deseos y le ordenó pasar al Desaguadero y liberar las provincias que componían el Alto Perú. Así lo hizo y con sólo unos pocos movimientos y algún ligero encuentro de sus tropas con las de Olañeda, en que éste perdió la vida, quedó libre toda la comarca. Como ésta se la disputaban el Perú y Buenos Aires, el mariscal, aun contrariando las opiniones de Bolívar, congregó una asamblea nacional que decidiera de la suerte de la comarca, y así quedó constituida una nueva nacionalidad a la cual se dio el nombre de Bolivia en honor del Libertador, y a su capital el de Sucre. Se le confirió el mando supremo que sólo ejerció por un año y fue tal la organización y el impulso que dio a todas las ramas del gobierno, que causaba verdadero pasmo. Reunido después el congreso constituyente y expedida la constitución que se conoce en la historia con el nombre de constitución boliviana, fue nombrado Sucre presidente vitalicio, puesto que aceptó sólo por dos años. En este cortísimo tiempo estalló en Chuquisaca un motín militar fraguado por el gobierno del Perú que ambicionaba anexarse la nueva nacionalidad. Eso fue el 18 de abril de 1828. Súpolo Sucre y, acostumbrado a dominar esos motines con sólo su presencia y su espada, voló al cuartel acompañado de unos pocos edecanes y al arrojar el caballo que montaba sobre la guardia, le hicieron fuego que alcanzó a herirlo en la cabeza y a fracturarle el brazo derecho. El caballo asustado, emprendió carrera y no pudiéndolo contener por la fractura del brazo, llegó Sucre sobre él a palacio, donde el animal se detuvo. Refieren los biógrafos que el general, por evitar ser estrellado contra las divisiones de la caballeriza, tuvo que hacer uso del brazo fracturado, y apoyando la mano ensangrentada en la pared, la dejó estampada con tal perfección, que el congreso

mandó colocar allí un cuadro de cristal con marco dorado, y poner la siguiente inscripción: «Hé aquí la mano del Padre de Bolivia, su primer presidente, a quien la alevosía y la traición intentaron inmolar.»

Aquella conspiración no tuvo éxito, porque el orden se restableció con sólo setenta hombres que condujo el general López desde la ciudad de La Paz.

Refiérese que todas las familias de Chuquisaca se apresuraron a visitar al mariscal en su lecho de dolor y que la señora del jefe de la conspiración le puso una pistola bajo la almohada, por si acertaba a manejarla, en caso necesario, con la mano izquierda.

Reunido el congreso, le dio cuenta detallada de todos sus actos y renunció a la presidencia. En el mensaje que le dirigió, se leen estas frases: «Llevo roto este brazo, que en Ayacucho terminó la guerra de la independencia americana y que destrozó las cadenas del Perú y dio sér a Bolivia,» y terminó pidiéndole al congreso como gracia, como una recompensa a sus insignes servicios, que se prescindiera de la irresponsabilidad con que lo cubría la constitución y se procediese a examinar su conducta como mandatario, ofreciendo, en caso de que se le hallase culpable, regresar de Colombia a someterse al fallo de sus jueces.

En los acontecimientos que acabamos de narrar, hay varias enseñanzas. De desprendimiento, porque habiéndosele designado presidente vitalicio, aceptó sólo por dos años, cuando hay tantos que se mueven y agitan y van vienen y hablan y obran por alcanzar, o no alcanzar a las veces, un mezquino período de cuatro años. Ejemplo es también de honradez, porque nos dice la historia que cuando salió para Colombia, sólo llevaba en sus maletas la suma de mil pesos, con los cuales debía ir hasta Quito, donde lo esperaba su esposa doña Mariana Carcelen y Larrea, marquesa de

Solanda, quien se había casado por poder conferido al ecuatoriano, coronel Vicente Aguirre. Este matrimonio se había celebrado el veinte de abril, dos días después de haber recibido las heridas en el motín de Chuquisaca. Si hubiera muerto a consecuencia de ellas, se habría presentado el problema que todos nos hacemos cuando empezamos a estudiar derecho, a saber: la marquesa habría sido su mujer legítima; ¿se podría considerar como viuda?

Recordemos ahora cómo y cuándo conoció a esta señora; pero antes refiramos un episodio que quizás interese a las damas que me escuchan, porque es cosa sabida que toda mujer se interesa por conocer historias de amor.

Diósele al general Sucre en Guayaquil un suntuoso baile. Existía allí la aristocrática familia Gainza, hostil a la causa republicana, compuesta de la madre, dos hijas que habían figurado en las cortes españolas y de las cuales una era de belleza deslumbrante. Lamentábanse todos de que la esclarecida familia no asistiese a la fiesta. Oídos los lamentos por el general Sucre, propúsose allanar el inconveniente al parecer insuperable, jactándose de ser más diplomático que todos los demás, con el bello sexo. El, tan modesto siempre, ordenó a sus edecanes que vistieran gran uniforme de gala e hizo lo propio. Dirigióse luego a la casa de sus nobles adversarias donde fue recibido con las maneras más delicadas por la matrona, y a poco aparecieron las dos hijas. Ver a una de ellas y quedar prendado, fue obra del momento. Rodeado de tan distinguidas damas, se dirigió a la señora diciéndole: «No debe escapársele a usted, noble señora, que mi visita tiene por objeto invitarlas al baile que se dará mañana en la noche y que cuento con que ustedes no me negarán el favor que les pido, de asistir a él, realzando con su presen-

cia tan escogida fiesta y que me será concedido el honor de bailar la primera contradanza con la señorita Pepita»; La señora Gainza aceptó la invitación del jefe victorioso y concurrió a la fiesta.

Hallábase en la casa donde se daba el baile congregada la sociedad guayaquileña cuando la nobilísima familia Gainza hizo su entrada triunfal a los regios salones. Empezada la primera contradanza, el general Sucre tomó del brazo a su bellísima pareja y rompió el baile. Ostentaba el general todas las medallas que había ganado con su heroísmo en los campos de batalla. Al ejecutar una de las complicadas figuras de la contradanza, las medallas se enredaron en el jubón de su hechicera pareja. Galante y cortés el invicto guerrero, desprendió de ellas el gancho con que estaban sostenidas sobre su pecho, dejándolas colgadas de la almilla de la dama, a quien con exquisita galantería dijo: «Señorita, este incidente significa que mis glorias le pertenecen.» No se turbó la distinguida dama y volviéndose a su galante interlocutor le replicó al punto: «General, trataré de hacerme digna de ellas.»

Abrumado Sucre por tanta gentileza le entregó el gancho, y la señorita se colocó sobre el pecho las medallas del héroe como una palmaria demostración de viva simpatía. El suceso fue frenéticamente aplaudido por la concurrencia.

Serio fue el compromiso que contrajo el general con Pepita Gainza, pues le ofreció que si la suerte le seguía dispensando sus favores y lograba ver a la América independiente y libre de yugo extraño, la elegiría por esposa. La familia aceptó, cómo no! gustosamente aquel compromiso y el invicto guerrero dejó como recuerdo a la encantadora Pepita y como prenda de su palabra empeñada, las medallas ganadas en el campo del honor y del deber. Así quedaron las cosas.

Ocupóse el general Sucre en organizar el ejército con que debía hacer la campaña del Perú. Terminada ésta con la gloriosa batalla de Pichincha y con la ocupación de Quito, recibió el mismo día de su entrada triunfal a la ciudad, la visita del marqués de Solanda. Sucre agradeció esta muestra de deferencia y las protestas de admiración y simpatía que le hizo el marqués. A la mañana siguiente volvió nuevamente éste a visitarlo con el objeto de llevarlo a su casa para presentarlo a su familia. Sucre designó el domingo próximo para corresponder a semejante galantería.

Al llegar el general a la morada del marqués, se sorprendió de hallarse solo en presencia de una joven bella y hermosa. Era ésta la hija mayor del señor marqués.

Este manifestó al general Sucre, sin ambages ni rodeos, que tenía cuatro hijas y ningún varón, que ya estaba muy anciano y quería asegurarle un apoyo a la familia; que su hija Mariana, a quien ya conocía, era la heredera del mayorazgo que era pingüe, y que iba a ofrecerle su mano en la esperanza de que no lo desairaría.

Sucre, ante tan extraña oferta, le respondió: «Marqués, soy militar, y teniendo que seguir la guerra, ignoro cuál sea mi destino. Sin embargo, si la suerte no me fuere adversa, haré lo posible por complacerlo.»

Hallándose Sucre en la campaña del Perú, murió el marqués quien lo nombró ejecutor testamentario, no sin encarecerle ahincadamente que cumpliera su compromiso. «Resuelto el general Sucre a casarse con la marquesa de Solanda, escribió a Pepita desde Bolivia, narrándole lo acaecido y rogándole que diese por terminado su compromiso.»

La noble Pepita, poniéndose a la altura de su dignidad, contestó al héroe que había obrado como un ca-

ballero cumplido y que para probarle que respetaba su decisión, le remitía a la marquesa las medallas que ella había usado la noche memorable del baile.

Toca a las damas y a los mozos aquí presentes resolver estos problemas: ¿qué debía hacer el mariscal en tan crítico trance? ¿Fue correcta su conducta con Pepita Gainza? ¿Lo fue la observada por ésta? Pues yo, aunque acostumbrado por razón de mi empleo a dictar sentencias, no me considero capaz de fallar este pleito en que hay que aplicar, no las disposiciones del código civil, sino las muy variables del amor.

La clemencia del general Sucre fue uno de sus rasgos característicos y distintivos.

Después de la batalla de Maturín, al recorrer el campo, encontró dos españoles bajo la sombra de un árbol. El general les advirtió el peligro que corrían si alguna partida de patriotas los hallaba.—«Que vengan, que nosotros no pasamos de aquí, como Cristo no pasó de la cruz,» fue la respuesta de aquellos fatigados soldados del rey. El general hizo que su ordenanza los montra en su caballo para conducirlos al campamento. Llegados allí, el general Sucre intercedió por ellos, diciéndole al jefe: salvad el nombre de la república, que es más glorioso que ganar una batalla.»

La orden del fusilamiento fue revocada y los dos antiguos realistas se incorporaron al ejército patriota y en su servicio rindieron ambos la vida.

Una ocasión hubo en que «en altas horas de la noche y cerca de la puerta del dormitorio del general fue sorprendido el comandante Valentín Morales Matos, armado de un puñal; interrogado por los edecanes de guardia, confesó que se había propuesto matar al general Sucre por haberle despachado desfavorablemente.»

rablemente una solicitud introducida en el Ministerio de Guerra. Sometido al día siguiente a un consejo de guerra presidido por el general Lanza, se le condenó a muerte. Arrójase la madre del reo a los pies de Sucre pidiéndole el perdón de su hijo y haciéndole saber que era un mozo violento de carácter, capaz de un crimen en un arrebato de cólera, pero capaz también de la más noble acción en favor de sus jefes y de la patria; Sucre la alza y le contesta con estas bellas palabras dignas de los Antoninos: «Alce usted, señora, y enjague su llanto. El delito de su hijo ha sido únicamente contra mi persona y esta circunstancia mitigará el rigor de la ley que le castigue. Espero la ley que he pedido al congreso designando mis atribuciones y en ella se hallará la de conmutar la pena de muerte, y será usted servida.» A pocos días confinó al reo a uno de los departamentos de la república. Marchaba aquel desgraciado por los caminos, desdeñado de todos, como el réprobo que había querido sacrificar al padre de la patria; abrumado de dolor y de vergüenza, no se atrevía a pasar por los poblados, sino que esperaba la noche para acostarse a orillas del camino, y tan pobre andaba, que no tenía con qué comprar un pan. Registrando su maleta una tarde se quedó atónito al encontrarse con un paquete de doscientos pesos en monedas de oro, sin poder atinar con la persona que hubiera podido darle aquella limosna. Nada se pudo averiguar entonces, pero pasado mucho tiempo, declaró don Felipe Alvarez, mayordomo de palacio del mariscal, que aquellos doscientos pesos habían sido una dádiva reservada del general Sucre. Así cumplía con espíritu verdaderamente cristiano, el precepto de Jesús, cuando decía a sus discípulos en el sermón de la montaña: «Mas tú, cuando hicieses limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha.»

Sábese de cierto que el mariscal Sucre, en la recóndita y solitaria montaña que bien pudiera llamarse montaña de los mártires, recibió tres balazos: uno en el corazón y dos en la cabeza. Me explico perfectamente por qué. Era necesario paralizar de un golpe aquel corazón que sólo palpitaba por la patria y por su libertad; por eso se le despedazó, creyendo sus asesinos que si allí no daban, podría tal vez en sus últimos estremecimientos lanzar una protesta de amarga censura contra sus victimarios o enviar a la patria destrozada un último y eterno adiós.

Y era necesario aniquilar aquel cerebro que había concebido y realizado con Bolívar y muchos otros próceres, la grandiosa idea de libertar un mundo y formar repúblicas libres y ordenadas y grandes, donde antes gemía un pueblo subyugado, paciente y sufrido; y creyeron los asesinos que si allí no daban, podría quizás ese cerebro lanzar irradiaciones que extendidas por todos los ámbitos de Colombia, despertaran a ésta, grande y gloriosa como la concibió el genio del libertador, y desapareciera así la obra de los demolidores de la grande empresa, de los creadores de las patrias pequeñas.

Paréceme oír a los que han escuchado esta observación: «Tratamos de festejar el onomástico de nuestro amadísimo Rector; a qué vienen esos episodios de la vida del general Sucre? Voy a explicarme. Estamos en el Colegio del Rosario, donde parece escucharse aún el latido de los corazones de muchos próceres que salieron de aquí, que bajaron por esas añejas escalas a ofrendar la vida por la patria. Hablar de ella y de sus fundadores no es materia extraña en esta forja de mártires, de héroes y de sabios. Por las venas de nuestro Rector corre sangre de Nariño y de Ortega. Hablarle

en su día de los héroes de nuestra emancipación política, es hablarle de cosas que a él solazan y recrean, porque después de Dios el amor más intenso de su alma, es el amor a la patria. Por último, él tiene bajo su protección paternal a esta juventud caballerosa de donde han de salir, no hay que dudarlo, los futuros próceres de la patria. Decidme ahora si es exótico hablar en esta ocasión y en este sitio, del varón immaculado que tiene una estatua en la plaza de Ayacucho y que espera tener a su frente la de Córdoba en aquella actitud heroica que debió asumir cuando pronunció las célebres palabras: «Armas a discreción, paso de vencedores»!

Una súplica para terminar: los aplausos que me habéis de tributar, lanzadlos en honor de los historiadores (1) de quienes tomé, casi al pie de la letra, todo cuanto os he referido.

(1) Laureano Villanueva y Vicente Pesquera V.

